

SOBRE LA UNIÓN EUROPEA

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Sabino Fernández Campo

Ante los problemas difíciles y complicados que precisamente por su amplitud y trascendencia pueden ser objeto de las más variadas y contradictorias opiniones, ocurre a veces que es aconsejable descender a un punto de vista mucho más reducido y vulgar, que se pueda contrastar con aquellas más elevadas especulaciones y proyectos.

Y así, tal vez desde mi ingenuidad, pretendo hacer unas consideraciones sobre el tema de la Unión Europea, con la brevedad que se nos ha señalado para comentar las dos excelentes conferencias pronunciadas en esta Real Academia por nuestros compañeros Don Olegario González de Cardedal y Don Marcelino Oreja Aguirre, a los que me complace felicitar sinceramente.

Las dos exposiciones —«Europa en la alternativa: Reflexiones sobre el destino y el ingreso de Turquía en la Unión Europea» e «Identidad Europea. Valores Europeos. Turquía»— si bien afectan al porvenir de Europa en su conjunto, se centran principalmente en el ingreso de Turquía en la Unión Europea y ambas tienen la gran categoría que corresponde a la experiencia y capacidad de sus autores.

Pero a mí se me ocurre preguntar, con una simplicidad que sin duda merecerá una respuesta repleta de indignación y hasta de desprecio:

¿No nos estaremos pasando en el tema de Europa y en los propósitos de llegar a esa unión en los más variados aspectos?

¿No deberíamos reducir la aspiración general a objetivos más limitados y parciales?

¿Nos convendría pensar en centrarnos fundamentalmente en las cuestiones económicas, sin extender más de lo imprescindible los problemas derivados de una unidad mayor?

Los distintos países que constituyen la Europa actual y los que a ella podríamos integrarse, tienen su historia, sus costumbres, su idioma, sus sistemas políticos —que pueden diferir mucho, aún dentro de la democracia— su especial carácter y su religión, su distinto nivel de bienestar.

¿Es posible y aconsejable tratar de fundir aspectos y facetas tan especiales?

Al fin y al cabo, el caso de Turquía no constituye más que un símbolo.

Desde la perspectiva de la dificultad, me atrevo también a preguntar:

¿Será útil y eficaz la redacción de una Constitución europea?

Con el deseo de brevedad y para no acudir demasiado a citas u opiniones ajenas, por importantes que sean, aludiré únicamente de pasada a Habermas cuando afirma que «el escepticismo constitucional encierra la opinión de que no existe un pueblo europeo lo suficientemente «homogéneo» para formar una voluntad democrática y, en consecuencia, no debería existir una Constitución».

Grimm sostiene algo parecido: «En Europa no existe una identidad colectiva. La Constitución, en el sentido estricto del término, debe significar un acto realizado por, o al menos atribuido a, el pueblo en sí, y conforme al cual éste se atribuye capacidad política a sí mismo».

Con simplicidad sin duda condenable, se me ocurre pensar si no sería suficiente establecer unas normas, unos tratados o unos procedimientos —que no tuvieran la estructura de una Constitución— para coordinar lo coordinable en los aspectos posibles y coincidentes, con respecto a determinadas actividades, sin pretender llegar a una identificación plena en todas ellas y conservando las identidades características de cada país.

Como es natural, no me va a dar tiempo a extenderme en estas reflexiones muy superficiales sobre un problema tan profundo. Pero se trata tan sólo de apuntar una preocupación sobre las dificultades que podrían encontrarse ante una aspiración excesiva.

Una preocupación que se proyecta y alcanza también a un aspecto que la Historia y el desarrollo de la sociedad en los últimos tiempos nos ponen de relieve. Es el de la formación de bloques que precisamente por su potencia presente o futura, acaban enfrentándose por sus intereses variados, hasta llegar a la violencia.

¿Verán con calma los Estados Unidos de América la formación de una Unión Europea progresivamente poderosa?

¿No puede despertar esa misma potencia europea la alarma de la potencia norteamericana?

Alguien, a quien considero enterado, me confiesa que experimenta una mezcla paradójica de satisfacción y alarma, cuando se entera de que sube la cotización del euro con respecto al dólar.

Hasta cabe pensar que el aspecto económico y el político se traslade al militar. Pueden surgir también otros bloques: China, Japón, Corea... O los países árabes, menos capaces en fuerza militar, pero con la importancia que encierra el fanatismo religioso.

No es cosa de pasar revista al caso de Rusia —por mucho que hayan cambiado las circunstancias que motivaron la *«guerra fría»*—; y otros bloques de países del tercer mundo acosados por la pobreza y la desesperanza, que pasan por trágicas situaciones de todo orden, sin dejar de mencionar los hispanoamericanos, siempre propicios a solucionar dictatorialmente sus conflictos.

Me doy cuenta de que no es posible profundizar más en este tema tan interesante y trascendente, pero pensemos asimismo en otro aspecto. Porque desde siempre en la historia, pero sin remontarnos ahora demasiado, podemos comprobar de qué forma, después de los mayores conflictos bélicos, el mundo se esfuerza en crear organismos que garanticen la paz para el futuro. La Sociedad de Naciones, después de la primera Guerra Mundial; la ONU, la OTAN, el Consejo de Seguridad ahora...

¿Qué resultados pueden esperarse de ellos cuando un país poderoso —como estamos contemplando en la actualidad— manifiesta abiertamente a través de su Presidente que declarará la guerra a Irak, con el pretexto de acabar con un terrorismo, que de ninguna manera puede eliminarse con aquel método, sean cuales sean las resoluciones de las Organizaciones internacionales?

No olvidemos tampoco que aun dentro de esta Europa que tratamos de unificar, se están produciendo en nuestros días opiniones encontradas entre los principales países que hoy la integran, al pronunciarse sobre los decididos propósitos bélicos del Presidente Bush, cuyos auténticos motivos tal vez se mantengan ocultos o poco comprensibles.

Pero termino insistiendo ingenuamente en un pensamiento que encierra la misma pregunta formulada al principio:

¿No pretenderemos ir demasiado lejos sobre el destino futuro de Europa?

¿No nos impulsará una prisa excesiva?

Si la prudencia suele ser un atributo de la vejez, lamento de verdad esta prueba que acabo de dar de que tengo ya muchos años y, aunque no sea culpable de ello, os pido perdón.